

La tradición segura del Beato Miguel Rua (2/2)

[\(continuación del artículo anterior\)](#)

2. Algunos rasgos de las virtudes teologales en don Rua

2.1. Don Rua hombre de fe

Su amor a Dios estaba enraizado en la opción fundamental por Él: “...vivía en continua unión con Dios... A la estrechísima unión con Dios correspondía un completo desapego de las cosas del mundo y un desprecio de todo lo que no sirviera para glorificar a Dios y salvar las almas...”. Me parece que la unión con Dios era tan consumada en él que no tenía más que este pensamiento generoso, ardiente, continuo: amar y hacer amar a Dios, Dios siempre, Dios en todo, sin descanso en esto, nunca desviación, siempre esta uniformidad sublime. Dios. “Nada más que Dios”. Este amor a Dios era la motivación profunda de todas sus acciones y se concretaba en cumplir la voluntad de Dios con exactitud, prontitud, alegría y perseverancia. El amor a Dios motivaba todas sus acciones y sostenía su gran compromiso con la promoción y el cultivo de las vocaciones sacerdotales y religiosas.

La fuente que alimentaba esta unión era la oración: “Don Rua encontraba su descanso en la oración” (P. Francesia). “Don Rua en la oración, en el contacto con Dios, en el descanso encontraba fuerzas renovadas para poner en práctica día a día lo que era el programa del padre hecho cien por cien suyo por su hijo fidelísimo: Busco almas y sólo almas”. Esta fuente se alimentaba en la Eucaristía y en el amor filial a la Virgen Auxiliadora. La vida de fe se expresaba en la íntima unión entre oración y acción, alimentada por la práctica y el espíritu de la oración mental, que para él era «el elemento esencial de la vida del buen religioso», hasta tal punto que incluso durante el temblor de

un terremoto, mientras todos huían, «sólo él no se había movido y había permanecido allí, en su lugar de siempre, en su actitud de siempre». Con la meditación de la Palabra, era la Eucaristía el fuego animador. La Eucaristía, celebrada, adorada, visitada y guardada en el corazón: “Formemos un sagrario en nuestro corazón», repetía, «y estemos siempre unidos al Santísimo Sacramento”. Hacia la Eucaristía expresaba una fe y una piedad intensas, alimentadas por una serie de recomendaciones e instrucciones: visitas, adoración, genuflexiones, recogimiento.

Don Rua como hombre de Dios y de fe se distinguía por un testimonio que se hacía creíble no tanto por la elocuencia, sino por la íntima convicción que se desprendía de sus palabras y sobre todo de su vida. Se nutría de un conocimiento de las Escrituras y de una gran familiaridad con los Padres de la Iglesia: fuentes a las que recurría en los textos originales griegos y latinos. Esta formación se manifestó desde adolescente en su empeño por enseñar el catecismo y la instrucción cristiana no sólo en sus formas ordinarias, sino también en las misiones y en los ejercicios espirituales, considerándolos elementos constitutivos de la misión salesiana a la que estaban vinculados todos sus miembros, como testimonia don. Amadei: “He encontrado en sus cartas declaraciones explícitas de que todos los sacerdotes, clérigos y coadjutores salesianos debían prestar de buen grado su trabajo en la catequesis porque, repetía, si descuidaban los catecismos estarían faltando a su vocación”. La labor de catequesis era la verdadera finalidad de la institución salesiana y la propagación de los oratorios, evitando el riesgo de reducirlos a meros centros de recreo o polideportivos. Este empeño en la propagación de la fe animó el gran frente de la acción misionera, otro elemento constitutivo del carisma salesiano, que sostuvo con intenso ardor apostólico y con considerable empleo de personas y recursos. Un gran instrumento de difusión del espíritu salesiano y de apoyo a las obras salesianas, especialmente en tierras de misión, fue la difusión del *Boletín Salesiano*.

2.2. El hombre de la esperanza

La virtud de la esperanza mantenía viva la meta final, el paraíso, y al mismo tiempo sostenía el compromiso cotidiano de hacer el bien y combatir el mal, como repetía a menudo a los jóvenes: “Sed buenos, confiad en Dios y el paraíso será vuestro. Quería que la gente mereciera esta recompensa, sobre todo huyendo de la culpa y cumpliendo en todo momento la santa voluntad de Dios”. Esta esperanza se traducía diariamente en una confianza incondicional en la divina Providencia, como atestiguó el tercer sucesor de Don Bosco, el beato Felipe Rinaldi: “Hijo, seguidor del venerable Don Bosco, el siervo de Dios vivía al día, no capitalizaba, siendo principio del fundador confiar siempre en la Providencia, incluso en las cosas materiales”. Y don Barberis decía: ‘En las conversaciones, en las amonestaciones, en las cartas que escribía, la exhortación más insistente era la confianza en la divina Providencia. Recuerdo que una vez nos dijo: “Al Señor no le cuesta ningún esfuerzo proporcionarnos los medios necesarios; Él es tan bueno que, cuando ve la necesidad, lo hace”. Incluso en las más grandes penurias, siempre mantuvo una imperturbabilidad y tranquilidad que contagiaba también a los demás.

2.3. Hombre de caridad

Su amor a Dios se manifestaba en su amor al prójimo: “Hablabo a los humildes como a los grandes, a los pobres como a los ricos, buscando siempre hacer el bien. De hecho, parecía que cuanto más humilde era una persona, más afablemente la trataba y buscaba su bien”. Este aspecto creció de manera especial tras la muerte de Don Bosco, considerándolo una herencia que había recibido de Don Bosco y que quería transmitir a las generaciones futuras:

“La gran caridad que informaba el corazón de nuestro amado Don Bosco de santa memoria puso en marcha con el ejemplo y la palabra la chispa de amor que Dios bendito había puesto en el mío, y yo crecí electrizado por su amor, de modo que, si sucediéndole no pude heredar las grandes virtudes de

nuestro santo fundador, su amor por sus hijos espirituales siento que el Señor me lo concedió. Todos los días, todos los momentos del día te los consagro... por eso rezo por ti, pienso en ti, actúo por ti como una madre por su hijo unigénito". Se trata de un texto de gran valor que revela cómo la herencia espiritual recibida es fruto de una profunda comunión de almas, que enciende esa chispa vital que desencadena un fuego de verdadera caridad. Don Rua es consciente de la diferencia de dones entre él y Don Bosco, pero afirma con verdad que se ha transmitido el núcleo del espíritu: una caridad comunicada vitalmente y de palabra que impulsa a una vida ofrecida y consagrada a las personas con rasgos de amor maternal.

El amor al prójimo se concretó en un amor ordenado, liberal y generoso, con especial predilección por los jóvenes más pobres y en situación de riesgo espiritual, moral y material, y con preferencia por las zonas geográficas más pobres y desamparadas, como el sur de Italia. La caridad la ejerció con gran dedicación en el ministerio de la reconciliación, hasta la extenuación, especialmente durante los ejercicios espirituales, porque decía: "Éstas son mis cosechas". Del mismo modo, se entregaba al ministerio del consejo y del consuelo. Todos eran destinatarios de su amor, incluso sus enemigos y detractores. Su preocupación por el prójimo se inspiraba en una gran bondad y dulzura, típicas de la tradición salesiana y encaminadas a proteger la buena reputación de las personas y a neutralizar las expresiones perturbadoras de la calumnia y el juicio: "Con sus buenas maneras, sin ofender, trataba de sofocar desde el principio el discurso en cuanto se daba cuenta de que estaba mal dirigido. Cuando entonces captaba alguna crítica dirigida a una persona conocida, nunca dejaba de señalar, casi como para destruir el efecto de la propia crítica, las buenas cualidades, las obras, los méritos de la persona criticada".

Tenía un amor solícito y personalizado por cada hermano de la Congregación, con el corazón de un padre solícito y la mirada de un verdadero obispo de su rebaño: "Conocía uno por uno a los hermanos de cada casa, incluso a

los más alejados, y se interesaba por las necesidades y el mayor provecho de cada uno, como si estuviera bajo su mirada en el Oratorio". Un ejemplo concreto era el envío de ropa de repuesto para los hermanos comprometidos en el servicio militar. Esta amable paternidad sobresalía en el ejercicio de la caridad espiritual: «Lo encontraba siempre dispuesto a escucharme; con una sonrisa se interesaba por lo que estaba cerca de mi corazón, y sabía aconsejarme y guiarme de tal manera que mi alma estaba completamente en paz». El ejemplo de una vida vivida en la caridad le llevó a escribir a los hermanos enfrentados entre sí: "Amaos todos como hermanos, y rogad al Sagrado Corazón de Jesús que encienda en todos vosotros ese fuego sagrado que vino a traer a la tierra, el fuego de la caridad".

Ese amor tenía una forma de predilección por los jóvenes: "Se interesaba por la salud y las necesidades de cada uno... Don Rua era para cada uno de nosotros el padre bueno, que vivía para nosotros, para que incluso los más humildes y mezquinos pudieran dirigirse libremente a Él". Un amor que no conocía límites: misioneros, emigrantes, necesitados, obreros, miembros de la Familia Salesiana, jóvenes trabajadores, distinguiéndose por su activo interés en los conflictos laborales: "acudían a él obreros en paro, y él los recomendaba según las necesidades de las distintas industrias". Todos los días, después de escuchar a tanta gente en el confesionario, pasaba muchas horas recibiendo a numerosas personas: "Todos los días observaba a muchas personas que yo mismo llevaba a la audiencia con el siervo de Dios, que venían a pedir ayuda material y moral, recomendaciones, etc.". El siervo de Dios trataba a todos afablemente, se interesaba por sus casos y ayudaba a todos en la medida de sus posibilidades». Verdaderamente, como juraba don Saluzzo: "Su corazón estaba abierto a todo bien".